

EL PARADIGMA DE LA DRAMATURGIA NACIONAL

EN EL TEATRO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

No es inoficioso recordar que en década del 40, nuestro país y la Universidad de Chile, cual espejo de la mentalidad social de esa época, mostró un auge y un vigor aún no superado y que se vio específicamente marcado en las disciplinas artísticas. No es gratuito afirmar que si no hubiera nacido, desarrollado y llegado a su esplendor el Teatro Experimental, y su Escuela de Teatro, sería muy diferente el panorama escénico en la actualidad.

Gracias a sus talentosos fundadores, hombres y mujeres empeñados en una «ilusión» titánica, junto a los muchos que luego enriquecieron esa labor constante, hoy el arte del teatro en Chile, puede proclamarse como heredero natural de esos pioneros.

Es importante destacar que fuera de cumplir con creces sus objetivos fundacionales de creación de una Escuela, búsqueda de nuevos públicos, repertorio universal clásico y moderno, hay una meta que los fundadores tuvieron en mente y fue el DESARROLLO, CONOCIMIENTO Y DIFUSION DE LA DRAMATURGIA NACIONAL.

Desde sus inicios, esos universitarios creyeron firmemente que sin una dramaturgia chilena, no sería posible desarrollar un teatro auténticamente nacional.

Aparece curioso, por expresar lo menos, esta meta a lograr, pensando que ellos, jóvenes del Pedagógico de nuestra Universidad, estaban imbuidos por los grandes autores del Siglo de Oro Español, o los notables: Pirandello, O'Neill, Lorca, por nombrar algunos.

Entonces, ¿de dónde esta idea de desarrollar la alicaída dramaturgia chilena de esa época?

Sin pretender acercarnos a una hipótesis, que no lo permite ni el espacio ni el tiempo para iniciar una investigación acuciosa, sólo nos podemos afirmar en el argumento que, ellos como representantes de una clase media universitaria, necesitaban ver expresadas las problemáticas que los rodeaban y que les era preciso exponer, a su propio público universitario. Y compararlos con los grandes modelos que aunque notables mostraban mundos algo lejanos.

Para eso crearon los «Concursos de Dramaturgia», una muy buena manera de incentivar a los jóvenes escritores teatrales, casi todos inexpertos. Así, fueron naciendo una pleyade de autores, que con los años lograron representar lo mejor de la escritura dramática: Egon Wolff, Fernando Cuadra, Isidora Aguirre, María Asunción Requena, Alejandro Sieveking, Fernando Debesa, Luis Alberto Heiremans, por citar a algunos.

Casi todos, inscritos en su mayoría en la tendencia del realismo sicólogo, tendencia marcatória, que luego se diluiría para acercarse a otras expresiones estilísticas que se venían desarrollando en los mundos del extrañamiento brechtiano o el absurdismo de Ionesco - Beckett, para hoy presenciar autorías inscritas en él, por ahora, indefinible: teatro post moderno.



Naturalmente que hubo épocas negras en el apoyo que durante décadas tuvo el Teatro Universitario hacia los autores dramáticos chilenos. No hay que olvidar, que dentro de las artes, el Teatro, como reflejo de la sociedad o voz inquieta del momento político, aparece muy peligroso para los intereses de regímenes autoritarios. La historia está repleta de ejemplos categóricos. Por eso, esa voz sin censura que siempre tuvieron los dramaturgos al interior de la Universidad, se vio bruscamente paralizada.

Durante años, los autores ya no buscarán ni encontrarán el espacio que fue tan fértil en el Teatro de la Universidad de Chile, Universidad ejemplo de pluralismo, no confesional y que ostentaba y con justicia su calidad de Pública y Nacional. Ese distintivo, que tuvo la Universidad de Chile, su Teatro y Escuela, no era sólo una placa meritoria; al contrario, era la demostración desmentible de su calidad paradigmática, que, bruscamente, fue cercenada por el autoritarismo.

Los autores emergentes tuvieron que buscar otros ámbitos donde la autogestión fue el mejor motor para no extinguirse. Así, dramaturgos como Ramón Griffero, Marco Antonio de la Parra, Benjamín Galemiri, nacieron en festivales universitarios casi ocultos, al amparo de Institutos Binacionales o en espacios alternativos, temerosos a la autoridad policial, que veía conatos de subversión en toda muestra escénica.

Otros autores, como Jorge Díaz que alejado en España mantenía una especie de corresponsalía dramática en rebeldía al sistema o Luis Rivano, en su teatro social marginal, que junto a Juan Radrigán pretendía

entregar metáforas para no caer en el hacha cercenante de la censura oficial.

En este panorama, ¿cómo el Teatro de la Universidad de Chile pudo volver a esa instancia en la cual el autor puede verse representado de la mejor manera, con directores adecuados, diseñadores e infraestructura técnica que permita un excelente resultado artístico?

La respuesta es simple, pero no por eso menos categórica: la Universidad de Chile ha logrado mantenerse cohesionada, a pesar de todos los intentos foráneos, ataques arteros y sistematizados por disminuir sus fundamentales quehaceres y entre ellos, el teatro. Esta cohesión es, debido al apego institucional que poseen muchos artistas, que opinan que este Teatro en un corto plazo, volverá a convertirse en ese paradigma que fue. Directores como Sergio Aguirre, gran actor ya fallecido y ahora Fernando González, permiten esperar que siga el interés hacia los dramaturgos nacionales.

Una de las grandes fortalezas que, a pesar de todo, ha mantenido la Universidad de Chile, es su gran espíritu libertario, donde todas las opiniones son válidas. De esta manera, se puede seguir confiando que hoy los dramaturgos han vuelto a la casa de sus padres, y como jóvenes se sienten acogidos y parte de la gran tradición teatral de la Universidad.

